

EL DEBER

CAPITULO PRIMERO

EL DEBER.—LA CONCIENCIA

He walked attended
By a strong-aiding champion—Conscience.

MILTON (1).

Whate'er thy race or speech, thou art the same;
Before thy eyes Dutz, a constant flame,
Shines always steadfast with unchanging light,
Through dark days and through bright.

The Ode of Life (2).

Why, O man, do you vituperate the world? The
world is most beautiful, framed by the best and
most perfect reason, though to you indeed it may
be unclean and evil, because you are unclean and
evil in a good world.

MARCILIUS FICINUS (3).

El hombre no vive únicamente para sí. Vive también para el bien de los demás tanto como para el propio. Cada cual tiene deberes que llenar, así el más rico como el más pobre. Para algunos, la vida es un placer, para otros un sufrimiento. Pero los mejores no viven sólo para gozar, ni siquiera para la fama. Su

(1) Caminaba amparada por un poderoso campeón: la conciencia.

MILTON.

(2) Sea cual fuere tu raza o tu idioma, siempre eres el mismo; ante tu mirada el deber, constante llama, arde con inmutable luz, a través de oscuros o de radiantes días.
—*La Oda de la Vida*.

(3) ¿Por qué, ¡oh hombre!, vituperas el mundo? El mundo es bellísimo, dispuesto conforme a la mejor y más perfecta razón, aunque para ti pueda ser impuro y malo, porque tú eres impuro y malo en un mundo bueno.

MARCILIO FICINO.

móvil más poderoso es el trabajo fundado en la esperanza, y útil para toda causa buena.

Hierocles dice que cada uno de nosotros es un centro, rodeado de muchos círculos concéntricos. De nosotros se extiende el primer círculo y comprende a padres, esposa e hijos. El siguiente círculo concéntrico comprende a los parientes, después a los conciudadanos y, por último, a toda la raza humana.

Cumplir en este mundo con nuestros deberes para con Dios y para con los hombres, conforme e invariablemente requiere el cultivo de todas las facultades que Dios nos ha concedido. Y el nos ha dado todo. El es asimismo la voluntad superior que instruye y guía nuestra voluntad. El conocimiento del bien y del mal, el conocimiento de lo justo y de lo injusto, es lo que nos hace responsables ante los hombres aquí, y ante Dios más adelante.

La esfera del deber es infinita. Existe en todas las condiciones de la vida. No podemos escoger el ser ricos o pobres, ser felices o desgraciados; pero nos corresponde llenar el deber que nos rodea por todas partes. La obediencia al deber, a toda costa y riesgo, es la más elevada vida civilizada. Se deben ejecutar los grandes actos, desearlos, morir por ellos ahora lo mismo que en los tiempos pasados.

En ocasiones unimos la idea del deber con la confianza del soldado. Recordamos al centinela pagano que fué hallado en Pompeya, muerto en su puesto durante el enterramiento de la ciudad bajo las cenizas del Vesubio, hace mil ochocientos años. Este es el verdadero soldado. Era su deber. Había sido colocado para guardar su puesto, y no lo abandonó. Quedó asfixiado por los vapores sulfurosos de las cenizas que caían. Su cuerpo fué reducido a cenizas, pero sobrevive su memoria. Aun se ven su yelmo, su lanza y su coraza en el Museo de Nápoles.

Este soldado era obediente y disciplinado. Hizo aquello para que fué elegido. La obediencia al padre, al maestro, al superior, es lo que debiera aprender todo aquel que quiera obrar bien. La infancia debiera principiar con la obediencia. Con todo, la edad no nos dispensa de ella. Tenemos que ser obedientes hasta el fin. El deber en su forma más pura es tan absoluto, que al llenarlo uno, jamás piensa en manera alguna en sí. Ahí está. Tiene que ser cumplido sin idea alguna de sacrificio de sí mismo.

Acerquémonos a una época muy posterior a la del soldado romano de Pompeya, cuando el *Birkenhead* se había ido a pique frente a la costa de Africa con sus valientes soldados a bordo, que hicieron un *feu de joie* (1) al hundirse bajo las olas. Fué obsequiado el Duque de Wellington con un banquete en la Aca-

(1) Fuego de regocijo.

demia Real, después que la noticia hubo llegado a Inglaterra; dice Macaulay: «Observé (y el señor Lawrence, el ministro americano, lo observó igualmente) que en elogio de los infelices que habían sucumbido, jamás habló el Duque de su valor, pero sí siempre de su disciplina y subordinación.» Lo repitió varias veces. Creo que el valor lo trataba como cosa que debía sobreentenderse.

El deber es consagrado a sí mismo. No es solamente intrépido. El gladiador que combatía contra un león con el valor de un león, era impulsado por el ardor de los espectadores, y nunca se olvidaba de sí y de sus premios. Pizarro era extremadamente audaz, pero en medio de sus terribles penalidades se hallaba animado por su amor al oro.

«¿Queréis ser grande?—preguntaba san Agustín—; pues comenzad entonces por ser pequeño. ¿Deseáis construir un vasto y elevado edificio? Pensad primero en los cimientos de la humildad. Cuanto más alto haya de ser vuestro edificio, tanto más profundos deben ser sus cimientos. La modesta humildad es la corona de la belleza.»

El mejor deber se realiza en secreto, y fuera de la vista de los hombres. Allí efectúa su obra consagrada y noblemente. No sigue la rutina de la moralidad de formas convencionales de la sociedad. No se pregona a sí mismo. Adopta un credo más amplio y un código más elevado; y el hecho de someterse a él y obedecerlo, basta para considerar a toda vida y toda acción humanas a través del prisma de una eterna obligación hacia la raza. Nuestras maldades o nuestras acciones negligentes incurren siempre en deudas que, más tarde o más temprano, tiene que abonar la humanidad.

¿Mas cómo aprender a cumplir nuestro deber? ¿Habrá en ello alguna dificultad? Primeramente, está el deber universal y continuado hacia Dios. Siguen luego otros: el deber hacia la familia; el deber hacia nuestros vecinos; el deber de los amos hacia los sirvientes y de éstos para con los amos; el deber para con nuestros semejantes; el deber para con el Estado, que a su vez tiene asimismo que llenar su deber para con los ciudadanos.

Muchos de estos deberes se llenan y se cumplen privadamente. Nuestra vida pública puede ser conocida perfectamente, pero en privado está aquello que nadie ve: la vida interior del alma y del espíritu. Nadie puede matar nuestra alma, la que sólo puede perecer con su propio suicidio. Si cada uno de nosotros podemos hacernos algo mejores, más puros y más nobles, habremos obrado quizá lo mejor que podamos.

He aquí el modo cómo correspondió a su cargo un legislador americano:

Hará un siglo próximamente, que tuvo lugar un eclipse de sol en Nueva Inglaterra. Púsose muy obscuro el cielo, y a muchos les pareció que había llegado el día del juicio final. Ocurrió que estaba en sesión la legislatura de Connécticut, y al llegar la obscuridad propuso uno de los miembros de la Cámara que se levantara la sesión; levantóse entonces el viejo legislador puritano, Davenport de Stamford, y dijo, que si había llegado el último día, quería ser encontrado en su puesto cumpliendo con su deber; por cuya razón proponía que se trajeran velas para que la cámara pudiera seguir tratando los asuntos pendientes. Esperar en el puesto del deber era la máxima de ese hombre sabio, e hizo aceptar su proposición.

Había un hombre de constitución débil, el cual empleaba gran parte de su tiempo en obras filantrópicas. Visitaba los enfermos, se sentaba junto a ellos en sus miserables hogares, los asistía y les ayudaba de todas maneras. A causa de ello fué reconvenido por sus amigos, que le censuraban por descuidar sus negocios, y le auguraban que contraería de seguro alguna enfermedad a causa de sus visitas a los que tenían fiebre y a los moribundos; pero él respondió a sus amigos con firmeza y sencillez: «Atiendo a mis negocios en obsequio de mi mujer y de mis hijos, pero sostengo que el deber de un hombre hacia la sociedad, le impone que preste sus cuidados a aquellos que no son de su propia casa.»

Estas eran las palabras de un amante servidor del deber. La persona que da su dinero no es el verdadero bienhechor de sus semejantes, sino aquella que se da *personalmente*. El que da su dinero se pone en evidencia; el hombre que da su tiempo, su fuerza y su alma, es amado. El uno será recordado, mientras que el otro podrá ser olvidado; pero nunca desaparecerá la buena influencia que ha sembrado.

Pero, ¿cuál es el fundamento del deber? Julio Simón ha escrito un precioso libro, *Le Devoir*, en el cual afirma que el deber depende de la libertad. Los hombres tienen que ser libres para poder cumplir con sus deberes públicos, lo mismo que para formar su carácter individual. Tienen libertad para pensar; por lo tanto, deben ser libres para obrar. Asimismo, bien puede la libertad ser usada para hacer el mal, en vez de usarla para hacer el bien. La tiranía de la muchedumbre es peor que la tiranía del individuo. Thóreau, el americano, dice que la libertad moderna es tan sólo el camino de la esclavitud del feudalismo por la esclavitud de la opinión.

La libertad, gozada con igualdad por todos los hombres, es

una idea reciente en la historia (1). En las épocas remotas, los hombres llamados *libres* tenían el derecho de ser servidos por esclavos. Había esclavitud en el Estado, y también en la familia. Existía en las repúblicas, lo mismo que en las monarquías. Catón el mayor, el más grande comunista de la Roma republicana, demostraba la utilidad de deshacerse de los esclavos viejos para evitarse la carga de su manutención. Los esclavos enfermos o inválidos eran llevados a la isla Esculápices, en el Tíber, donde se les dejaba morir de enfermedad o de hambre. En la Roma imperial, estaba sujeto el *Populus Romanus* a la caridad pública. En Inglaterra, también, cuando fué abolida la esclavitud, cuando ya los pobres no eran alimentados por la caridad de los monasterios, se dió una mísera ley, que era solamente una compensación por la pérdida de la libertad.

Hay una palabra más fuerte que la libertad, y ésta es conciencia. Desde el principio de la civilización ha sido reconocido el poder de esta palabra. Menandro, el poeta griego que vivió trescientos años antes que Jesucristo, lo reconocía debidamente. «En nuestro propio pecho—decía—tenemos un Dios; nuestra conciencia.» En otra parte dice: «No es vivir, vivir para sí mismo. Cuando hagáis lo que es sagrado, hacedlo alegremente, sabiendo que Dios mismo da a lo que hacéis su verdadero valor. Un corazón generoso es la gran cosa que necesita el hombre.»

La conciencia es aquella facultad peculiar del alma que pudiera denominarse el instinto religioso. Revélase primeramente cuando notamos una lucha en nosotros mismos entre una naturaleza elevada y una baja—el espíritu batallando contra la carne—del buen esfuerzo para el dominio sobre el mal. Dirigid la vista adonde queráis, en la iglesia o fuera de la iglesia, siempre domina la misma lucha, guerra a vida o muerte; hombres y mujeres atormentados por la inquietud, porque aman el bien y no pueden alcanzarlo aún.

De esta experiencia ha nacido la religión, la ley más elevada que nos lleva hasta Aquel a quien representa la ley de la conciencia. «Es un examen interno—dice el canónigo Moseli—sobre

(1) El sentimiento de que el trabajo no es una ocupación honrosa, no es más que una reminiscencia de los antiguos tiempos paganos y feudales, cuando el arado fué dejado a los esclavos y sólo los villanos sembraban el trigo. La definición romana del gentilismo era *gentem habent soli cujus parentis nemini servierunt*, «solamente son gentiles aquellos cuyos antecesores nunca sirvieron.» La idea que prevalecía en la república norteamericana, conforme a la que, la sangre del esclavo mancha aún en su más alejada rama, es de origen romano, decididamente. «Queridos campesinos alemanes—decía Heine—, id a América; allí no hallaréis ni príncipes, ni nobles; todos los hombres son iguales, con la excepción, en realidad, de unos pocos millones que tienen el cutis negro o moreno, y que son tratados como perros. Aquel que tiene la menor huella de su descendencia de negro, ya no pone de manifiesto su origen por el color, sino en las formas de su cara; está obligado a sufrir las mayores humillaciones... Indudablemente que más de un corazón noble lamentará en silencio esa pesquiza e injusticia universales; pero, si quisiera, no obstante, luchar contra ellas, le esperarían un martirio superior a toda concepción europea.»

lo que ha sido edificada toda religión. Concentrándose en sí mismo el hombre y viendo allí la lucha, ha sacado entonces el conocimiento de sí mismo, y por ello, el conocimiento de Dios. Bajo esta influencia conoce y siente el hombre lo que es justo e injusto. Tiene la elección entre el bien y el mal. Y, libre para escoger, llega a ser, por esta razón, responsable.

Sea lo que fuere aquello en que los hombres puedan creer teóricamente, ninguno siente prácticamente que sus acciones son necesarias e inevitables. No hay coartación alguna sobre nuestra voluntad. Sabemos que no somos compelidos, como por un encanto, a obedecer ningún móvil especial. «Sentimos —dice Juan Stuart Mill— que si quisiéramos demostrar que tenemos el poder de resistir el móvil, lo podríamos hacer, y sería humillante para nuestro orgullo, y paralizador de nuestro deseo de excelencia, que pensáramos de otro modo.»

Nuestras acciones pueden tener sujeción, de lo contrario, ¿por qué en todas partes del mundo hacen los hombres leyes? Se las establece para que sean obedecidas, porque es creencia universal, como lo es universal el hecho, de que los hombres las obedecen o no, conforme lo quieren y deciden en sí mismos. Cada uno de nosotros siente que nuestros hábitos y tentaciones no son nuestros amos, sino que nosotros lo somos de ellos. Aun cediendo a ellos, sabemos que podríamos resistir, y que si quisiéramos desprendernos por completo de ellos, no se necesitaría para ello un deseo o una voluntad más fuerte de lo que nos conocemos capaces de sentir.

Para disfrutar de la libertad espiritual más elevada, tiene que haber sido despertada la inteligencia por la instrucción. Conforme se ilustra el espíritu, y la conciencia demuestra su poder, se aumenta la responsabilidad del hombre. Se somete a la influencia de la voluntad suprema, y obra de conformidad con ella, no porque se vea obligado a ello, sino libremente; y la ley que le sostiene es la del amor. En el hecho de creer que implica saber y confianza, se revela su humanidad. Por su misma acción libre, su fe, y su modo de obrar conforme con el propósito de una voluntad suprema, siente que está ejecutando lo bueno, y asegurándose el supremo bien.

El hombre sin religión—dice el arcediano Hare—, es juguete de las circunstancias; pero la religión está sobre todas las circunstancias, y le eleva sobre todas ellas.» Y Tomás Linch, en su *Teófilo Trinal*, dice: «Hasta que no estemos fijados resueltamente, no somos libres. La bellota tiene que estar debajo de la tierra, antes que pueda desarrollarse el roble. El hombre de fe es el hombre que ha echado raíz en Dios; nuestras obras prueban nuestro corazón, nuestro corazón en Dios.» Hallamos

en el Nuevo Testamento: «Allí donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad.» Y Cowper: «Libre es el hombre a quien la verdad le ha hecho libre: comparados con él, todos son esclavos» (1).

Donde no hay ese reconocimiento de la ley divina, obran los hombres obedeciendo a los sentidos, a la pasión, al egoísmo. Al entregarse a cualquier inclinación viciosa, conocen que obran mal. La ley de la Naturaleza clama contra ellos. Saben que su acción ha sido voluntaria y pecaminosa; mas se ha debilitado su poder para resistir en lo futuro. Su voluntad ha perdido fuerza; y otra vez, cuando se presente la tentación, será menor la resistencia. Entonces se forma el hábito. El castigo de cada acción está en que, aumentando constantemente, produce el mal.

Mas la conciencia no está muerta. No podremos cavar una sepultura y decirle que permanezca allí. Podremos pisotearla, pero seguirá viviendo. Cada pecado o crimen tiene su ángel vengador en el instante de su perpetración. No podemos cerrar nuestros ojos a ella, o tapar nuestros oídos. «La conciencia es la que nos hace a todos cobardes.» Llega un día del juicio, aun en este mundo, y entonces se nos presenta erguida, acusándonos, y aconsejándonos que volvamos a la vida buena y honrada.

La conciencia es permanente y universal. Es la esencia misma del carácter individual. Da al hombre el dominio de sí mismo, el poder para resistir a las tentaciones y desdeñarlas. Todo hombre está obligado a desarrollar su individualidad, a esforzarse en encontrar el verdadero camino de la vida y marchar sobre él. Posee la voluntad para hacerlo así, tiene el poder para ser él mismo y no el eco de otro, ni el reflejo de bajas condiciones, ni el espíritu de convencionalismos corrientes. La verdadera virilidad procede del dominio de sí mismo, de la sujeción de las facultades inferiores para levantarse a las más elevadas condiciones de nuestro ser.

La única práctica comprensiva y sostenida del dominio sobre sí mismo se obtiene por medio del ascendiente de la conciencia, en el sentido del deber cumplido. Únicamente la conciencia es la que eleva al hombre, libertándole del dominio de sus propias pasiones y tendencias. Le pone en consonancia con los mejores intereses de su especie. La fuente más verdadera de gozo se encuentra en las sendas del deber. La fruición vendrá como el espontáneo dulcificante del trabajo, y coronará toda obra justa.

En su más completo desarrollo impulsa a los hombres a hacer todo aquello que los hace felices en el sentido más elevado, y

(1)

He is the freeman whom the truth makes free
And all are slaves beside.

los reprime para que no ejecuten aquello que los hace desgracia- dos. «Hay pocos pueblos, entre los civilizados, o ninguno—dice Hérbert Spéncer—, que no convengan en que el bienestar humano se halla conforme con la voluntad divina. La doctrina es enseñada por todos nuestros maestros religiosos; está aceptada por todo escritor moralista; debemos, pues, juzgarla, sin temor alguno, como una verdad admitida.»

Sin conciencia no puede tener el hombre ningún principio más elevado de acción que el placer. Hace lo que más le agrada ya sea sensualismo o siquiera goce intelectualmente sensual. No hemos venido al mundo para seguir nuestra propia inclinación ni gozar tan sólo de la satisfacción propia. Toda la constitución de la Naturaleza obra contra esta idea de la vida. El espíritu jamás debiera estar sujeto a las partes menos nobles de nuestra naturaleza. No puede haber ningún dominio sobre sí mismo excepto aquel que hace falta para evitar las consecuencias de la ley humana.

Una raza constituida así, con inteligencia y pasiones tales como las que posee el hombre, y sin la influencia eminente de la conciencia para dirigir sus acciones, quedaría bien pronto entregada a una completa anarquía, y terminaría en una destrucción mutua. En parte vemos ya los resultados en el loco desenfreno en la vida humana que recientemente ha dominado entre los *nihilistas* de Alemania y de Rusia, y el fuego y la destrucción de la guerra de los *comunistas* en París. Predominando un principio semejante en toda la sociedad, solamente podría conducir a la más completa desmoralización individual, nacional y social.

El único método que resta es el de mandar que vuelvan los hombres a su sentimiento del deber. La tarea de nuestros padres fué la de conquistar el derecho: sea la tarea de esta generación enseñar y propagar el deber. Haced justicia igualmente: la justicia, que es el esplendor de la virtud y la benevolencia, su compañera. Hay una sentencia en los Evangelistas, que constantemente se nos viene a la memoria, y que debiera ser escrita en cada página de todo libro de moral. «Haced a los otros lo que quisierais que os hicieran.» «En la vida—dice Guillermo de Humboldt—, es digno de ser observado especialmente que cuando no nos sentimos ansiosos respecto de la felicidad o de la desdicha, sino que nos consagramos al cumplimiento estricto y liberal de nuestro deber, viene la felicidad espontáneamente; aun más: hasta surge de entre una vida de congojas, aficciones y privaciones.»

«¿Cuál es vuestro deber?—pregunta Góete—. Ejecutar los asuntos del día que pesan sobre vosotros.» Pero esto es un estre-

chísimo punto de vista del deber. «¿Cuál es el mejor gobierno?» —sigue preguntando—. «Aquel que nos enseña a gobernarnos a nosotros mismos.» Plutarco dijo al emperador Trajano: «Haced que vuestro gobierno comience en vuestro propio pecho, y poned el cimiento de él en el dominio de vuestras propias pasiones.» Aquí vienen bien las palabras dominio de sí mismo, deber y conciencia. «Llegará un día—dijo el obispo Hooker—en que tres palabras, pronunciadas casta y dulcemente, recibirán una recompensa mucho más santa que tres mil volúmenes escritos con la desdeñosa agudeza del ingenio.»

Hace bien al alma contemplar las acciones ejecutadas por amor, no por propósitos egoístas, sino por deber, misericordia y amante bondad. Hay muchas cosas hechas por amor que son mil veces mejores que aquellas que se han llevado a cabo por dinero. Las primeras inspiran el espíritu de heroísmo y de consagración propia. Las segundas mueren con la donación. Bien poca cosa vale el deber que se compra. El doctor Arnold decía: «Pienso que es más que toda riqueza, honor y hasta salud, la amistad debida a las almas nobles, porque llegar a ser uno con los buenos, los generosos y los leales, es ser, en cierta manera, uno mismo bueno, generoso y leal.»

Cada hombre tiene que prestarse un servicio, a sí mismo como individuo, y a aquellos que le rodean. En verdad, la vida es de poco mérito, a no ser que se halle consagrada por el deber. «Enseñad, pues, esas cualidades — dijo Marco Aurelio Antonino—, que están por completo en vuestro poder: la sinceridad, la formalidad, la resignación en el trabajo, la aversión al placer, el contento con vuestra parte y con pocas cosas, la benevolencia, la franqueza y la magnanimidad.»

Puede existir el poder intelectual más grande sin que tenga una partícula de magnanimidad. Esta última proviene del más elevado poder del espíritu del hombre, la conciencia, y de la más elevada facultad, la razón y la aptitud para la fe, aquella por la cual el hombre es capaz de concebir más de lo que los sentidos pueden inspirarle. Esto es lo que hace del hombre una criatura razonable, algo más, en fin, que un mero animal. Darwin ha dicho con mucha verdad, «que los móviles de la conciencia, en su relación con el arrepentimiento y los sentimientos del deber, son las diferencias de más importancia que separan al hombre del animal» (1).

Se nos invita a creer en la influencia omnipotente de la materia. Debemos creer solamente en aquello que podemos ver con nuestros ojos y tocar con nuestras manos. No debemos creer

(1) *Origen del hombre*, vol. I, cap. II.

sino aquello que comprendamos. Pero, ¡cuán poco conocemos y entendemos de una manera absoluta! Sólo vemos la superficie de las cosas «como en un vidrio, obscuramente». ¿Cómo puede ayudarnos la materia a entender los misterios de la vida? En absoluto nada sabemos sobre las causas de la volición, la sensación y la acción mental. Sabemos que existen, pero no las podemos comprender.

Cuando un joven dijo al doctor Parr que no quería creer en nada que no pudiera comprender: «Entonces, señor—dijo el doctor—, vuestro credo es el más corto de los que profesan todos los hombres que conozco.» Mas Sidney Smith dijo algo mejor que esto. En una comida en la *Mansion Holland*, se proclamó un extranjero como materialista. Al poco rato observó Sidney Smith: «¡Este es un *soufflet* muy bueno!» A lo cual el materialista añadió: *Oui, monsieur, il est ravissant!* (1). «A propósito—replicó Smith con su oportunidad abrumadora de costumbre—, ¿puedo preguntaros, señor, si creéis en un cocinero?»

Debemos creer en mil cosas que no comprendemos. La materia y sus combinaciones constituyen un misterio tan grande como lo es la vida. Mirad a aquellos innumerables y lejanos mundos que giran majestuosamente en sus órbitas determinadas; o a esta tierra en que vivimos, que realiza su movimiento diario sobre su propio eje, durante su circuito anual alrededor del sol. ¿Qué comprendemos respecto a las causas de esos movimientos? ¿Qué podremos saber jamás sobre ellas, más allá de que son cosas que existen?

«El circuito del sol en los cielos—dice Pascal—, vasto como es, es en sí mismo solamente un punto delicado cuando se le compara con los circuitos aún más vastos que son ejecutados por las estrellas. Más allá del alcance de la vista, este universo no es sino un punto en el inmenso seno de la Naturaleza. Sólo podemos pensar en átomos si lo comparamos con la realidad, que es una esfera infinita, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna. ¿Qué es el hombre en medio de este infinito? Mas existe otra perspectiva no menos sorprendente: es el infinito debajo de él. Dejadle que vea la más pequeña de las cosas que caen al alcance de su observación, una cresa. Posee miembros, venas, sangre que circula en ellas, y lóbulos en esa sangre, humores y suero. Dentro de la cubierta de este átomo os voy a mostrar no tan sólo el universo visible, sino hasta la misma inmensidad de la Naturaleza. Quienquiera que entregue su mente a pensamientos como éstos se espantará

(1) Sí, señor, excelente.

de sí mismo—temblando en donde la Naturaleza le ha colocado—suspendido, por decirlo así, entre lo infinito y la nada. El autor de estas maravillas las comprende; nadie sino él puede hacerlo así.»

Confucio enseñaba a sus discípulos que creyeran que la conducta constituye las tres cuartas partes de la vida. «Ponderad la rectitud y practicad la virtud. El saber, la magnanimidad y la energía son lazos universales. La formalidad, la generosidad del alma, la sinceridad, el celo y la bondad constituyen la virtud perfecta.» Estas frases llegan hasta nosotros como el lejano eco del gran maestro de diez mil siglos, cual le llamaban sus discípulos, el santo y profético sabio Confucio.

Mas todas estas virtudes emanan del maestro, del instructor innato, la conciencia. De este primer principio se derivan todas las reglas de conducta. Nos ordena hacer lo que llamamos justo, y nos prohíbe ejecutar lo que llamamos injusto. En su completo desarrollo nos ordena que hagamos lo que hace felices a los demás, y nos prohíbe hacer lo que hace desgraciados a nuestros semejantes.

La gran lección que hay que aprender, es que el hombre debe fortificarse para cumplir con su deber y hacer lo que es justo, buscando su felicidad y la paz interna en cosas que no se las puedan arrebatar. La conciencia es el combate por el cual conseguimos el dominio sobre nuestros propios defectos. Es una labor silenciosa en el hombre interno, con la cual prueba su poder peculiar de la voluntad y del espíritu de Dios.

Tenemos asimismo algo que aprender de los antiguos y nobles griegos respecto de la virtud del deber. Sócrates es considerado por algunos como el fundador de la filosofía griega. Tenía la creencia de haber sido encargado especialmente por la divinidad para despertar en los hombres el conocimiento moral.

Había nacido en Atenas, 468 años antes de Cristo. Recibió la mejor educación que podía recibir un ateniense. Aprendió ante todo la escultura, en la que adquirió alguna fama. En seguida sirvió a su patria como soldado, según costumbre y deber de todos los ciudadanos atenienses. El juramento que hizo junto con todos los otros jóvenes, fué el que sigue: «No deshonraré las armas que me han sido confiadas por mi patria; ni tampoco abandonaré el lugar que me sea encargado para su defensa.»

Desplegó mucha energía y valor en todas las expediciones en que tomó parte. En uno de los encuentros que tuvo lugar frente a Potidea, cayó Alcibiades herido en medio del enemigo. Sócrates se lanzó para salvarle, y le llevó a la retaguardia junto con sus armas. Por esta valiente acción fué premiado con la corona cívica como premio del valor: cruz Victoria de aquellos

días. Su segunda campaña no fué menos honrosa. En la desastrosa batalla de Delio, salvó la vida a Jenofonte, a quien sacó del campo sobre sus hombros, combatiendo durante el camino. Sirvió en otra campaña, después de la cual se consagró al servicio civil de su país.

Fué tan valiente senador, como soldado. Poseía aquel elevado valor moral que puede arrostrar no sólo la muerte, sino también la opinión adversa. Podía desafiar a un tirano igual que a un populacho tiránico. Cuando los almirantes fueron juzgados después de la batalla de Arginusas por no haber recobrado los cuerpos de los muertos, Sócrates fué el único que los defendió. El populacho se hallaba furioso. Fué despedido del consejo, y los almirantes fueron condenados.

Sócrates se dedicó entonces a la enseñanza. Se detenía en los mercados, entraba a los talleres y visitaba las escuelas, para enseñar al pueblo sus ideas respecto del fin y valor del pensamiento y de la acción humana. Apareció en una época de completo escepticismo. Se esforzó por arrancar a los hombres de su metafísica especulativa sobre la Naturaleza, que les había conducido a la intrincada confusión de la duda. «¿Vale la vida la pena de vivir?» era un asunto de tanta meditación especulativa en aquellos días, como lo es en los nuestros. Sócrates les invitó a que vieran en sus propios corazones. Mientras que los hombres sacrificaban a los dioses, insistía él sobre la conducta moral como lo único que guía al hombre hacia la felicidad, aquí y más tarde.

Sócrates continuó enseñando. Hombres sabios y discípulos le seguían. Ofrecióle Aristipo una gran suma de dinero, pero el ofrecimiento fué rechazado en el acto. Sócrates no enseñaba por dinero, sino para difundir la sabiduría. Declaró que la mayor recompensa que podía disfrutar sería ver que la humanidad aprovechara sus esfuerzos.

Lo que enseñaba no lo tomaba de los libros; argüía solamente. «Los libros—decía—no pueden ser interrogados, no pueden contestar, por consiguiente no pueden enseñar. Únicamente podemos aprender de ellos lo que ya sabíamos antes.» Se esforzó en reducir las cosas a sus primeros elementos y llegar a la certeza como la única regla fija de la verdad. Creía en la unidad de la virtud y sostenía que era susceptible de enseñanza como materia de ciencia. Era de opinión que la única filosofía digna de atención es aquella que nos enseña nuestros deberes morales y nuestras esperanzas religiosas. Aborreceda la injusticia y la locura, de cualquier clase que fueran, y jamás perdió la ocasión de censurarlas. Manifestaba su desprecio por la capacidad para el gobierno que se atribuían todos los hombres. Sostenía que sólo

los sabios eran dignos de gobernar y que éstos eran los menos. Tenía setenta y dos años cuando fué llevado ante los jueces. Los acusadores expusieron sus cargos de esta manera: Sócrates es un malhechor y un corruptor de la juventud; no admite los dioses que el Estado reconoce, sino que introduce nuevas divinidades. Fué juzgado por estos motivos y sentenciado a muerte. Fué conducido a su prisión, y durante treinta días conversó con sus amigos sobre sus tópicos favoritos. Crito le proporcionó los medios de escapar de la prisión, mas él rehusó aprovechar la ocasión. Habló sobre la inmortalidad del alma (1), sobre el valor, la virtud y la templanza, sobre la belleza absoluta y el bien absoluto, y sobre su mujer y sus hijos.

Consolaba a sus amigos anegados en llanto y les vituperaba con dulzura sus quejas sobre la injusticia de su sentencia. Estaba para morir. ¿Por qué tenían que lamentarse? Se hallaba muy entrado en años. Si esperaban un poco de tiempo, habría acontecido el hecho en su curso natural. Jamás hombre alguno dió la bienvenida a la muerte con fe más grande, como a un nuevo nacimiento hacia un estado más elevado del ser. Llegó por último el instante en que el carcelero le presentó la copa con la cicuta. Bebióla con valor y murió con perfecta tranquilidad. «Tal fué el fin de nuestro amigo—dijo Fedo—, a quien con verdad puedo llamar el más sabio, el más justo y el mejor de todos los hombres que nunca he conocido.»

«Los siglos posteriores han apreciado el recuerdo de sus virtudes y de su destino—dice el señor Lewes—, pero sin aprovechar mucho con su ejemplo y sin aprender de su historia a practicar la tolerancia. Su nombre ha llegado a ser una tesis de los escolares y los retóricos. ¡Ojalá se convirtiera en una influencia moral!» (2).

Sócrates no escribió libro alguno. Casi todo lo que sabemos de él ha llegado a nosotros por sus discípulos, Platón y Jenofonte, quienes han llenado de fragancia el recuerdo de sus actos, lecciones, padecimientos y muerte. Platón vivió con él diez años, y expuso más tarde sus ideas en los célebres *Diálogos*, pero en estos diálogos es difícil saber cuál es Platón y cuál es Sócrates. Después que la muerte les separó, Platón, que tenía entonces cuarenta años, se trasladó a Sicilia. Allí conoció a Dionisio I, el tirano de Siracusa. A consecuencia de una divergencia de opiniones sobre política, le amenazó el tirano en su vida, pues Platón

(1) «Si la muerte—dijo—fuera el final de todo, harían los perversos un buen negocio al morir, porque estarían felizmente cancelados, no sólo de su cuerpo, sino también de su propia maldad, junto con sus almas. Pero ahora, por cuanto el alma es evidentemente inmortal, no hay escape o salvación del mal, sino por la adquisición de la más alta virtud y sabiduría.»—JOWETT, *Diálogos de Platón*, I, 488.

(2) *Historia biográfica de la filosofía*, I, pág. 216. (1.ª edic.)

era intrépido y libre en su modo de expresarse sobre la libertad. Dion, su hermano, intercedió por él y la salvó la vida, pero se le vendió como esclavo. Fué comprado por un amigo, quien acto seguido le dió la libertad.

Platón regresó a Atenas y principió a enseñar. Siguiendo a su maestro, no enseñaba por dinero y lo hacía sin retribución. No es preciso seguir su historia. Baste decir que se consagró a inculcar la verdad, la moralidad y el deber. Dividió las cuatro virtudes cardinales en: 1.^a Prudencia y sabiduría; 2.^a Valor, constancia y fortaleza; 3.^a Templanza, discreción y dominio de sí mismo, y 4.^a Justicia y rectitud. Admitía esta división de la virtud como la base de su filosofía moral. «Dejad que los hombres de todas las clases—decía—, ya sean afortunados o desgraciados, ya sea que triunfen o no, dejad que cumplan con su deber y que queden satisfechos.» ¡Qué lección para los siglos venideros encierran estas palabras!

Platón consagró el fin de sus días al tranquilo retiro de su Academia. La composición de los *Diálogos*, que han sido la admiración de la posteridad, fué el alentador solaz de su existencia y especialmente de sus últimos años. Ha sido llamado Platón el Divino. Su alma anhelaba la verdad. «Únicamente esto—decía—debiera ser el gran objetivo del hombre.» Como su maestro relacionaba con la suprema inteligencia los atributos de bondad, justicia y sabiduría, y la idea de mediación directa en los asuntos humanos. Tenía aversión a la poesía, tanta como Carlyle (1). La única poesía que alguna vez elogia, es la poesía moral, que realmente es filosofía versificada. Observaremos que vivió como cuatrocientos años antes de Cristo. Coleridge habla de él como del legítimo profeta de la Era Cristiana; y el Conde de Maistre acostumbraba decir de él: «No abandonemos jamás una gran cuestión sin haber consultado a Platón.» El Nuevo Testamento da un ideal elevado de una vida humana posible; pero difícil ha de ser la labor de aquel que se esfuerce en conservar ese ideal, sobre todo en su espíritu.

Sentimos que existe algo más que quisiéramos hacer, mucho

(1) Dice Carlyle: «Si tenéis algo útil que comunicar a los hombres, ¿por qué callarlo? Que el hombre tenga que mostrar su don en palabras de cualquier clase, y no en silenciosas acciones divinas, que son las únicas que convienen para expresarlas bien, me parece que es para él una gran desgracia. Es una de mis constantes penas en esta generación, que hombres a quienes los dioses han dado un genio (lo que quiere decir luz de la inteligencia, valor y todo esfuerzo, o de otro modo nada significa), insistan en una época tan diligente como ha llegado a ser la nuestra, en poner de manifiesto su don divino en forma de versos, que ahora ningún hombre lee ya seriamente.» Por otra parte, dice Mateo Arnold, en su introducción a *Los poetas ingleses*, que nuestra raza, conforme adelantan los tiempos, hallará en la poesía un descanso cada vez más seguro. «No hay un credo que no sea conmovido, ni un dogma acreditado, que no se le crea discutible, ni una tradición recibida que no amenace disolverse. Nuestra religión se ha materializado de hecho, en el hecho supuesto, ha adherido sus emociones al hecho, y ahora les falta. Pero para la poesía la idea es todo; lo demás es mundo de ilusión, de divina ilusión engañosa.»

mejor de lo que nos es obligatorio. Mas el deber está ahí, y tiene que ser cumplido, sin soñar y sin pereza. Cuánto de la filosofía, de la salud moral y de la felicidad se halla comprendido en el precepto: «Sea lo que fuere lo que tu mano encuentre que hacer, hazlo con todas tus facultades.» El que hace todo lo que puede, cualquiera que sea su suerte, está en el camino seguro de la prosperidad.

Cuéntase de uno que exclamó en medio de una profunda desesperación: «De nada sirve ser bueno, porque no podéis serlo, y si lo fuerais, ningún bien os haría.» Hablar de este modo de la bondad de la palabra y del trabajo es un acto desesperado, sin verdad y sin fe. Cada uno de nosotros puede hacer algún bien en su esfera propia de la vida. Si podemos hacerlo, estamos obligados a ello. No poseemos más derecho a ser inútiles que a destruirnos.

Tenemos que ser rectos tanto en las cosas pequeñas como en las grandes. Estamos en el deber de hacer buen uso de una de nuestras dotes naturales, lo mismo que de las muchas que nos han sido dadas. Podemos seguir los dictados de nuestra conciencia y marchar, aunque solos, en la senda del deber. Podemos ser honrados, veraces y diligentes, aunque más no fuera que por respeto propio. Tenemos que ser rectos hasta el fin. ¿Quién no queda sorprendido por la respuesta del esclavo que, preguntándole uno que quería comprarle: «¿Prometes ser leal si te compro?» «Sí—respondió el esclavo—, lo seré, tanto si me compráis como si no me compráis.»

Se dice en la descripción de un sermón predicado a las clases obreras por el finado doctor Macleod, en la iglesia señorial de Glasgow, que éste insistió seriamente sobre el carácter. Desde el más elevado hasta el más humilde, éste era el gran propósito que había de tenerse. Dijo, que «la cosa más estimable que había dejado el Príncipe Alberto era el carácter. Sabía perfectamente que muchas personas muy pobres creían que para ellas sería imposible tener carácter. Esto no era verdad, y de ello no quería oír hablar. No tenía ante sí un hombre o una mujer, por pobres que fueran, que con la gracia de Dios no tuvieran en su mano poder dejar en pos de sí la cosa más grande del mundo, el carácter; y sus hijos podrían levantarse después de ellos y dar gracias a Dios porque su madre había sido una mujer piadosa o su padre un hombre pío.»

Fórmase el carácter por el cumplimiento leal de los pequeños deberes, de abnegaciones de sí mismo, de sacrificios propios, y actos bondadosos de amor y de deber. La espina dorsal del carácter fórmase en el hogar doméstico; y aunque las tendencias de la índole sean buenas o malas, por regla general las

impulsarán las influencias del hogar hacia la actividad. «El que es leal en lo poco, es leal en lo mucho; y el que es pérfido en lo poco, será pérfido en lo mucho.» La benevolencia produce benevolencia, y la verdad y la confianza darán una rica cosecha de verdad y de confianza. Hay muchos actos de benevolencia triviales e insignificantes que nos enseñan más sobre el carácter de un hombre, que muchas frases vagas. Ellos son fáciles de adquirir, y sus efectos durarán mucho más que esta vida pasajera. Porque ninguna cosa buena se pierde nunca. Nada muere, ni aun la vida, que sólo pierde una forma para tomar otra. No muere ninguna acción buena, ni ningún buen ejemplo. Vivē por siempre en nuestra raza. Mientras que el cuerpo se transforma en polvo y desaparece, deja la acción un sello indeleble, y amolda hasta el pensamiento y la voluntad de generaciones venideras. El tiempo no es la medida de un noble trabajo; la generación siguiente tomará su parte de nuestro gozo. Una sencilla acción virtuosa ha elevado a toda una aldea, a toda una ciudad, a toda una nación. «El momento presente —dice Goethe—, es una deidad poderosa.» Las producciones mejores del hombre, y que le santifican, son sus pensamientos felices, los que una vez formados y llevados a la práctica extienden su influencia fertilizadora por miles de años y de generación en generación. Los mejores productos que crecen son aquellos que nacen de pequeñas semillas caídas en la tierra: y es de los dictados internos de la conciencia y de los inspirados principios del deber de donde han surgido los mejores productos. Wordsworth canta el deber en esta forma:

Stern Lawgiver! yet thou dost wear
The Godhead's most benignant grace;
Nor know we anything so fair
As is the smile upon thy face;
Flowers laugh before thee on their beds,
And fragrance in thy footing treads;
Thou dost preserve the stars from wrong,
And the most ancient heavens, through Thee, are fresh and strong (1).

(1) «¡Austero legislador! no obstante, usas la más benigna gracia de la divinidad; ni tampoco conozco nada tan bello como lo es la sonrisa sobre tu faz; ante ti sonrīen las flores en sus eras, y exhalan su perfume en las huellas de tus pisadas; tú preservas del mal a las estrellas, los más antiguos cielos son nuevos y fuertes gracias a ti.»

CAPITULO II

EL DEBER EN ACCIÓN

Put thou thy trust in God,
In duty's path go on;
Fix on His Word thy steadfast eye,
So shall thy work be done.—LUTHER (1).

Do noble things, not dream them, all day long,
And so make life, death, and that vast forever, one grand, sweet song.
CHARLES KINGSLEY (2).

O worker of the world! to whose young arm
The brute earth yields, and wrong, as to a charm;
Young seaman, soldier, student, toiler at the plough,
Or loom, or forge, or mine, a kingly growth art thou,
Where'er thou art, though earthy oft and coarse,
Thou bearest with the hidden springs of force,
Creative power, the flower, the fruitful strife,
The germ, the potency of life.—*The Ode of Life* (3).

Todo el que haya reflexionado detenidamente acerca de su deber, pondrá inmediatamente en acción sus convicciones. Nuestros actos son las únicas cosas que se hallan en nuestro poder. No sólo forman la suma de nuestros hábitos, sino también la de nuestro carácter.

Al mismo tiempo, la carrera del deber no es siempre una carrera fácil. Han de vencerse en ella muchas contrariedades y no menos dificultades. Podremos tener sagacidad para ver, pero no la fuerza de propósito para obrar. Para el que titubea hay muchos leones en el camino. Piensa y discurre fantásticamente, y sueña, pero nada hace. «Hay poco que ver—decía un diligente trabajador—y poco que hacer; todo estriba en que hay que hacerlo.»

Tiene que haber no tan sólo una conquista sobre lo que agrada y las aversiones, sino lo que cuesta más de alcanzar, un triunfo sobre la adversa fama. El hombre que antes de hacer al-

(1) Pon tu confianza en Dios, sigue la senda del deber. Fija en su palabra tu mirada firme, y después cumple tu obra.—LUTERO.

(2) Ejecuta nobles acciones, no emplees el día en soñarlas, y de esa manera haz de tu vida, la muerte, y de ese inmenso por siempre, un canto grandioso y dulce.—CHARLES KINGSLEY.

(3) ¡Oh trabajadores del mundo a cuyo brazo joven cede la ineulta tierra, y el error, como ante un encanto!: joven marino, soldado, estudiante, trabajador con el arado, la fragua, en el telar o la mina, ¡constituís un regio progreso! En dondequiera que estéis, aunque a menudo toscos y bastos, lleváis con vosotros ocultos resortes de fuerza, poder creador, la flor, la fructifera lucha, el germen, la potencia de la vida.—*La Oda de la Vida*.